

El espacio público

Crisis actual, el espacio público latinoamericano

Enrique Bares

Arquitecto y profesor de la
Facultad de Arquitectura y
Urbanismo de la UNLP

"...Al enfrentar el presente preferimos invertir en lo que queremos ser; oscilando entre extremos de jerarquía y anarquía, depositamos toda la confianza en órdenes futuros acabados y perfectos que resolverán el problema de no poder aceptarnos como somos. Como otros colonizados somos los adeptos ideales de la utopía..."
Carlos Ferreira dos Santos

Q

uizás es una de las cuestiones centrales, en la cotidiana problemática de la organización del espacio, por lo cual esta relación de espacio y sociedad encierra uno de los conflictos más complejos de poder analizar y comprender con el fin de proponer alternativas espaciales superadoras.

Es indudable que en un mundo que se globaliza y su población crece en forma exponencial, especialmente en América Latina donde la fragmentación social alcanza niveles cada vez más diferenciados, planteará escenarios espaciales muy diversos.

El concepto de espacio público a los efectos de su definición, deberá necesariamente ser conceptualizado a partir de las percepciones e interpretaciones de su significado histórico y su pertenencia cultural y política en el concepto de calidad que intentaremos proponer.

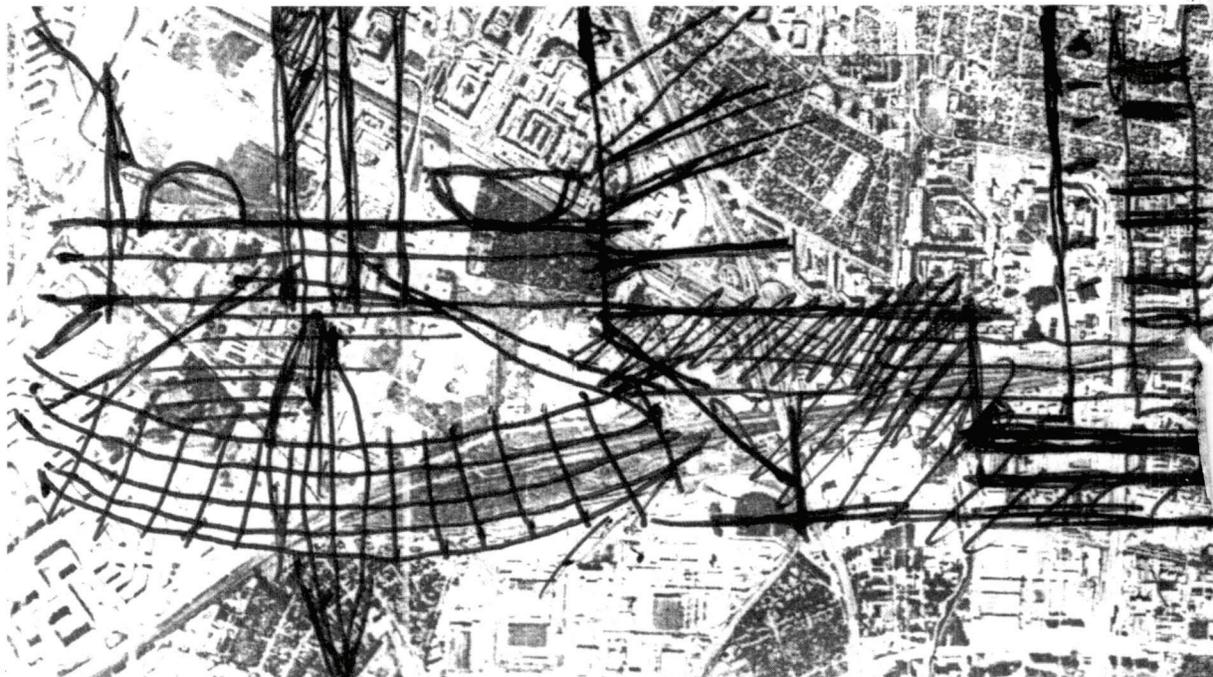
Es indiscutible que nuestra visión de especialistas en organizaciones de espacio no será lo suficientemente abarcativa en el campo epistemológico, pero lleva la carga irrenunciable

de la construcción del espacio en la ecuación espacio-sociedad.

Si bien es cierto que el espacio público ha tenido a lo largo de la historia un rol protagónico en la organización estructural de la ciudad manifestándose con distintas expresiones formales y simbólicas, es a partir de la Revolución Industrial que surge la necesidad de repensar el significado del uso del espacio impuesto por la eclosión y el crecimiento de las organizaciones sociales, generando un nuevo fenómeno económico, cultural y político que dan como resultado una nueva realidad social.

Es a partir de aquí cuando se agudiza el conflicto socio-espacial poniendo en crisis a la ciudad, que por cierto no estaba preparada para semejante impacto. El escenario de esta nueva configuración trastoca inevitablemente todos los espacios tanto públicos como privados.

Estas situaciones que tienen sus primeras manifestaciones en los países centrales, tienen sus correlatos en el tiempo en los países periféricos donde América Latina sufre estos



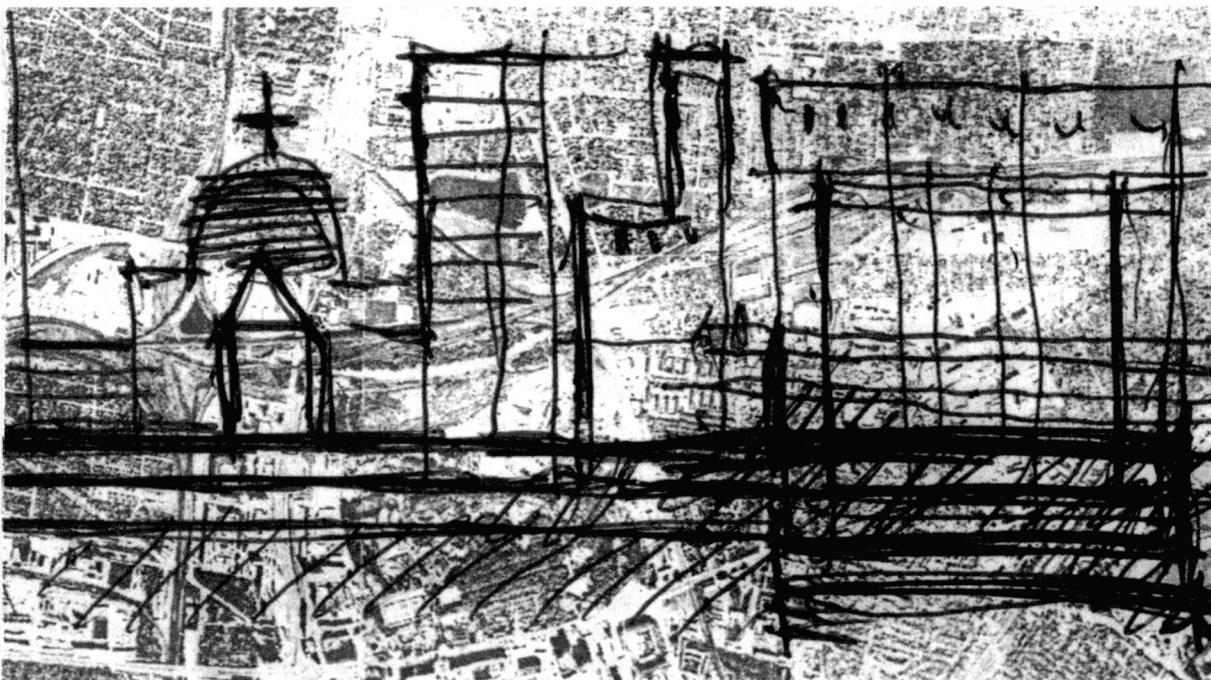
fenómenos a su manera: centro, periferia, alineación, segregación, marginalidad, terciarización, contaminación, etc., etc., de un modo muy particular.

Está claro que la ciudad entendida como sistema físico albergante de la sociedad de nuestro tiempo, es el resultado de un proceso en el que intervienen numerosos factores, cada uno de los cuales se halla además interrelacionado con todas las restantes. Hoy sabemos que la ciudad es un proceso y un producto al mismo tiempo, con lo cual a menudo podemos hacer un buen diagnóstico histórico; pero lo que resulta altamente complejo es poder gestar propuestas espaciales albergantes de esta nueva situación. Estas reflexiones nos llevan a pensar que en realidad cada ciudad tiene su propia crisis y que cada una de ellas requiere una respuesta particular, no siendo posible una respuesta válida para todas.

Si tomamos como ejemplo una de las ciudades paradigmáticas de América Latina: Brasilia donde en muchos aspectos roza la utopía de imaginar

que es posible la organización de una nueva sociedad a partir de imaginar un nuevo espacio; como señala < cuando reflexiona sobre Brasilia *"Parece que es característico del ser brasileño la proyección del espacio en el tiempo. Sólo conseguimos ver nuestro universo y en consecuencia definir nuestra identidad previendo el futuro. No gustamos mucho de lo que tenemos, ni de lo que conseguimos acumular precedente del pasado. Al enfrentar el presente preferimos invertir en lo que queremos ser; oscilando entre extremos de jerarquía y anarquía, depositamos toda la confianza en órdenes futuros acabados y perfectos que resolverán el problema de no poder aceptarnos como somos. Como otros colonizados somos los adeptos ideales de la utopía. Tal vez hayamos exagerado al introyectar el mito del Nuevo Mundo en nuestra vida cotidiana, como innegablemente el Nuevo Mundo en forma paradójica es y no es aquel en que vivimos, sólo nos resta una actitud de ESPERANZADA melancolía."*

Intentar transitar caminos proyectuales



*Boceto-collage
Enrique Bares*

alternativos, implica definir algunos conceptos tales que nos permitan interpretar las problemáticas sociales de nuestro tiempo, y sus expectativas, de modo tal de poder proponer espacios potenciadores de dichas necesidades. Esta posición indudablemente implica una ética y un compromiso concreto con la construcción de un mundo donde la calidad de hábitat colectivo e individual sean el centro del debate.

Por lo pronto para poder profundizar esta línea de pensamiento hay que definir con más precisión que se entiende por calidad de hábitat. Esto nos remite a la filosofía de la ciencia, el modelo de sociedad y el concepto de ser humano como actor individual y social. Por otro lado estamos históricamente situados en la sociedad latinoamericana y políticamente comprometidos con su presente y futuro. Consecuentemente la formulación del concepto de calidad de hábitat implica además una filosofía social elaborada a partir de la perspectiva cultural y política de América Latina en el contexto de las relaciones de interdependencia internacional.

Si bien es posible pensar en muchos planos o dimensiones distintas de hábitat, solamente reflexionaremos sobre los que consideramos centrales para esta problemática, señalando la tendencia por la que hoy transcurre nuestra sociedad de un modo crítico que nos permita transitar nuevas alternativas.

El modelo refleja una condición instrumental, extrínseca, formal, y significa también perfección tecnocrática y sofisticación de medios, independientemente de su contenido político y su relevancia cultural; tiende a acumular bienes materiales independientemente de sus valores éticos. Su orientación hacia el crecimiento cuantitativo y material viene acompañado por la disparidad económica y social. Si estos paradigmas significan los destinos de la sociedad, corremos el riesgo de la degradación social.

Por el contrario una nueva visión debería reflejar una condición ética e intrínseca del ser humano como actor individual y social políticamente comprometido con la sociedad.

Por lo tanto este concepto precisa por sobre todas las cosas la satisfacción de las necesidades básicas y el compromiso colectivo de toda la población en su medio cultural, preocupándose básicamente por la distribución equitativa de los bienes materiales y no materiales producidos por la comunidad comprometiéndose además con su autonomía cultural.

La adopción de esta orientación no significa desconocer la perfección metodológica o el desarrollo tecnológico en la construcción de un hábitat para el desarrollo de una vida social integrada. Por lo tanto lo que se invalida es la primacía de lo instrumental sobre lo sustantivo en definitiva de los medios sobre los fines.

Por otro lado el concepto de calidad individual y calidad colectiva son dos fases de la misma realidad. Visto desde otro plano esto nos lleva a considerar la interacción entre lo individual y lo colectivo, entre el bien personal y el bien común, entre libertad y equidad.

La premisa de este argumento es que una

interacción correcta de la libertad y la equidad en su contexto cultural posibilitará el desarrollo de una experiencia cualitativa de vida que garantice un espacio adecuado para la opción individual y la promoción colectiva, o sea para la construcción de un orden social libre y equitativo.

Esta definición implica el compromiso social en el cual el hombre para dar sentido a su vida, busca integrarse en su sociedad concreta con la visión de organizar la vida y el espacio social sobre la base del bien común.

La estrategia política para llevar adelante estos principios es incuestionablemente la participación.

A su vez la participación como estrategia crítica y constructiva hace posible la adopción de alternativas importantes y significativas, tanto individuales como colectivas, en la construcción de un hábitat superador.

A partir del Movimiento Moderno mucho se ha pensado y hecho sobre como actuar en la construcción del hábitat. Este aporte generó una masa crítica de conocimiento invaluable a la hora de actuar, pero sin duda la gravedad del conflicto al que hoy nos enfrentamos requiere como hemos señalado, de un aporte teórico capaz de poder interpretar una polifacética sociedad en permanente cambio y poder proponerle nuevos espacios donde encuentre en lo individual y colectivo el hábitat adecuado. Un análisis global de la situación, sobre todo en el crecimiento y expansión ilimitado de las ciudades formando verdaderas aglomeraciones sin identidad donde los espacios públicos estructurantes se diluyen en un mar de incertidumbres, nos lleva a conclusiones pesimistas.

Sin embargo no sería justo pensar en la irreversibilidad de esta tendencia e intentar al menos en teoría construir un orden donde el espacio social recupere un nuevo protagonismo, donde la calle corredor sea verdaderamente el condensador de la vida social, un elemento de encuentro estructurante urbano, un conector entre lo público y lo privado, cuyo uso le imprime la propia identidad que la hará particularmente diferente de otros.

El espacio público hoy se ve trastocado y sustituido por el espacio privado. Pierde vigencia la calle y la plaza, siendo sustituidos por shoppings donde se pierde la noción de tiempo espacio e identidad, y donde el consumo sustituye al encuentro transformando al ser social en un autista consumidor de objetos. La pregunta recurrente es siempre la misma: ¿qué hacer mientras tanto?.

Hemos sentido nuestra postura ética, basada en el compromiso no sólo individual sino de un grupo inmerso en una corriente de pensamientos que nos ha permitido postular distintas propuestas proyectuales en el camino de intentar aportar a la construcción de nuevos escenarios. A nuestro entender el proyecto para el concurso internacional del centro Poniente de Santiago de Chile es una síntesis proyectual donde los postulados precedentemente descriptos interpretan a una sociedad en su conjunto en un momento muy particular de América Latina

donde se abría una nueva esperanza y en donde el espacio albergante debía contener y potenciar un nuevo orden más justo y equitativo.

La propuesta consustanciándose con las aspiraciones de la comunidad de Santiago de Chile, propone una organización espacial que respetando la historia y su cultura, sea capaz de revertir el proceso de terciarización y segregación existente, adoptando una estructura potencializadora de los espacios públicos y privados. Permite una sólida redensificación sin perder identidad y optimizan estructura y espacio con profundo sentido social.

El proyecto generó una estética del cambio, donde lo nuevo y lo preexistente debían convivir en un proceso de permanente transformación. La pauta fundamental de la propuesta implica la construcción y reciclaje sin que la población debiese trasladarse, sino que por el contrario debía ser reabsorbido por el nuevo tejido urbano. Y es aquí donde el espacio público cobra un rol protagonista, y quizás la plaza frente a la iglesia Santa Ana adquiere la dimensión de una nueva sociedad que respeta el pasado donde conviven lo litúrgico y una nueva cosmovisión del mundo.

El otro ejemplo que vale la pena señalar por su implicancia espacial en nuestra ciudad, es sin duda el Centro de las Artes para el Teatro Argentino, inmerso en el eje cívico de la ciudad de La Plata donde la alternancia de edificios públicos y vivienda, logra la noción, a nuestro entender, de vida cotidiana integrada.

La tradición neoclásica de los espacios públicos donde solamente eran visivilistas y periféricos, basta recorrer los jardines de la Casa de Gobierno, la Legislatura, la Municipalidad o los jardines del viejo Teatro para comprender los postulados de una historia reciente, que indudablemente debían reproponerse.

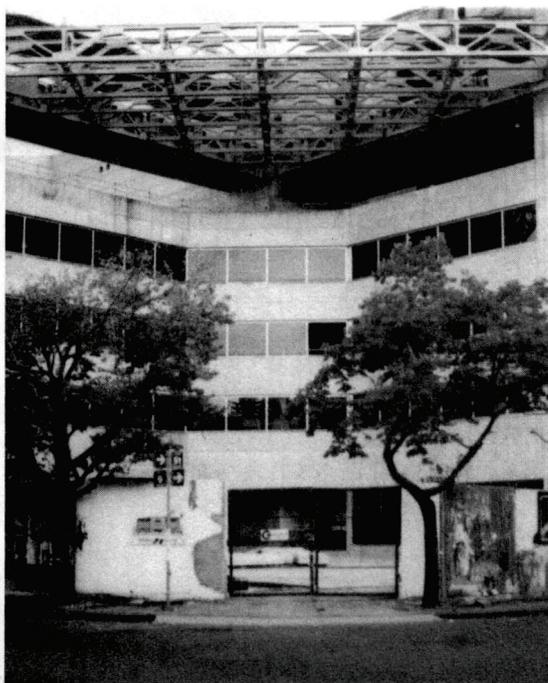
Cuando formulamos nuestra propuesta para el Centro de las Artes del Teatro Argentino, consustanciándonos con una estructura urbana que debía albergar necesariamente nuevos contenidos, sentimos el compromiso de transformar el espacio visual y periférico del pasado, en el hecho central de la propuesta, de

modo tal que su sintaxis estructural se fundamentase sobre una plaza pública de uso cotidiano, connotado por las actividades culturales emergentes del complejo.

El hecho de que un edificio sea oradado y estructurado a partir del espacio público, sin que altere sus actividades específicas, es el logro más significativo de la propuesta.

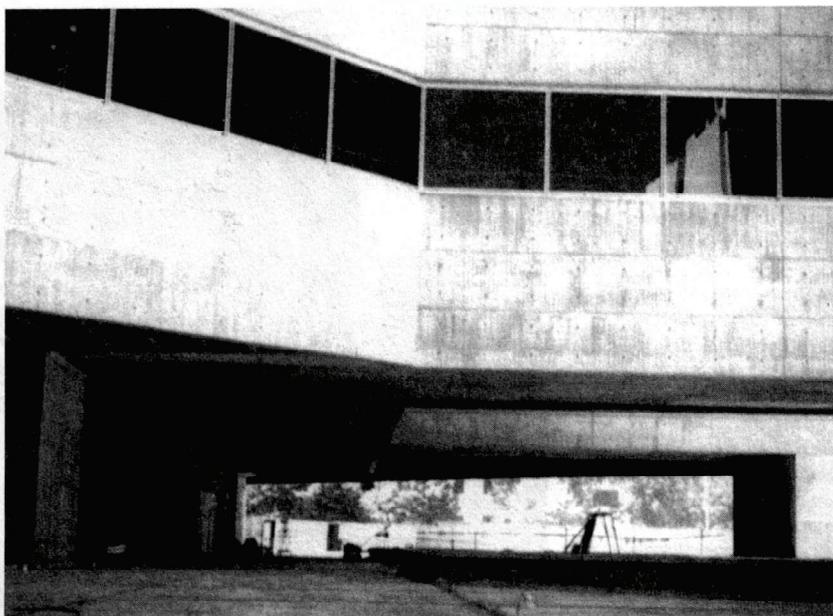
En los ejemplos señalados ya sea para una propuesta urbana a escala de la reformulación de una ciudad como fue el proyecto de Santiago de Chile o el proyecto para el Centro de las Artes del Teatro Argentino, el espacio público es el estructurante de ambas propuestas.

Por convicción individual y por pertenecer a un grupo cuyo compromiso irrenunciable a seguir transitando el camino de la búsqueda permanente, es que me permito abrigar una luz de esperanza en este letargado final de siglo. ■



Verónica Cueto Rúa

Teatro Argentino de La Plata. Fotos actuales



Claudia Wasiet